

demás godos. Estos eran mas fuertes; y Fritigerno, viéndose con los suyos perdido, solicitó el auxilio de Valente, que lo concedió y puso á los godos cristianos en estado de rechazar, como rechazaron victoriosamente, á los de Atanarico. Desde entonces el cristianismo ganó mucho terreno entre los godos con la proteccion y el celo de Fritigerno, que tambien se hizo bautizar, y merced á los activos misioneros y sacerdotes romanos arrianos. Así estaban divididos los visigodos, ocupando los gentiles con Atanarico y otros caudillos la Besarabia y la Moldavia, y los cristianos con Fritigerno la Valaquia y una parte de la Transilvania, cuando se abalanzó contra unos y otros, y contra el imperio, la terrible avalancha de los pueblos salvajes que desde el interior del Asia pugnaban por extenderse por el lado de Europa.

En el año 371 hubo en el extremo sudeste de Europa una gran irrupcion de pueblos, una de aquellas que hasta la época de la dominacion griega solo se conocen por las relaciones que nos han quedado de los sucesos de los últimos tiempos del imperio asirio y de las campañas del rey medo Ciaxares, y posteriormente por las tradiciones de sus consanguíneos los bactrianos; era una inmensa oleada de pueblos mogoles ó altaicos, que desde largo tiempo habia salido de las estepas interiores del Asia y llegado, costeano los mares interiores del Aral y Caspio, á los confines orientales del mundo greco-romano. Estos invasores asiáticos, llamados *hunos*, excedían en salvajismo y barbarie á todos los pueblos bárbaros conocidos hasta entonces del mundo greco-romano. El terror y repugnancia que causaron no solamente á los griegos y romanos sino tambien á los mismos godos y otros que les habian precedido, excedió de toda ponderacion. Nómadas verdaderos y feísimos, iban montados siempre en caballos tan feos pero tan infatigables como ellos; eran impetuosos en sus ataques, valientes siempre, tan temibles con sus flechas y lazos como en el combate cuerpo á cuerpo con sus espadas. Sus caras imberbes, feas como eran, estaban desfiguradas todavía mas por multitud de cicatrices de cortes que se hacían á propósito; su tez era morena, su estatura pequeña, su fuerza muscular grande, y su traje una camisa sucia, una manta de pieles de rata y de otros roedores pequeños, que seguían á bandadas á las huestes y carros. Cubrían la cabeza con una gorra de cuero y calzaban albarcas de piel de cabra; no sentían la fatiga ni las privaciones; no cumplían sus promesas; eran lascivos hasta la bestialidad y no respetaban mujer alguna.

La masa innumerable formada por la agrupacion de estas tribus mogolas, turcomanas y chudo-tártaras, de pueblos pastores y cazadores, acaudillada por el khan Balamber ó Balamir, penetró en el territorio situado entre el Don y Volga y el Cáucaso, territorio habitado por otro pueblo nómada llamado de los *alanos*, el cual vivía tambien á caballo y era una raza intermedia entre la sármeta y la germánica. Estos alanos eran rubios; tenían la mirada ardiente, pero no tan siniestramente chispeante como la de los germanos, y vivían principalmente de la caza. A pesar de su valor, cedieron ante los invasores; algunos consiguieron penetrar en el Cáucaso, pero la mayor parte fué arrastrada por las oleadas de los hunos hácia el Occidente, donde el resto, despues de varias peripecias, se fundió con los vándalos. Los hunos siguiendo desde el mar de Azof su camino, se encontraron por el año 373 con los ostrogodos, los cuales divididos como estaban de sus afines los visigodos, se hallaron en situacion muy crítica. Su jefe Ermanarico no solo era un anciano de ciento diez años sino que además padecía de heridas que le habian inferido dos hermanos de la tribu de los roxolanos ó rosomones, por haber hecho matar á su hermana, mujer de un jefe traidor. La fuerza de voluntad del anciano jefe no se

había disminuido; pero el choque de los hunos, su masa innumerable, sus cargas impetuosas de caballería, su instinto destructor y su fealdad diabólica desconcertaron á los ostrogodos, y á la muerte de Ermanarico se sometieron todas las tribus al vencedor. Winitharo, de la raza de Amal y sucesor de Ermanarico, hizo varias tentativas para sostenerse; pero la masa general de los ostrogodos se declaró dispuesta á pagar tributo y á servir en el ejército de los hunos. Bajo la soberanía de Balamber continuó por algun tiempo la familia de Ermanarico á la cabeza del pueblo ostrogodo; pero sus descendientes, á mediados del siglo v, en tiempo de Atila, lo libertaron del yugo huno y volvieron á hacerlo poderoso.

Despues de la muerte de Winitharo varias tribus ostrogodas con sus jefes Safraco y Alateo, huyendo de los invasores se dirigieron hácia el Danubio, en cuyas orillas ocurrían grandes acontecimientos. En el año 375 chocaron las huestes hunas con los visigodos acaudillados por Atanarico, que quiso hacer resistencia á orillas del Dniester; pero pasaron el río una noche, y Atanarico con sus visigodos buscó á toda prisa su salvacion en las fragosidades de la Transilvania septentrional. Los visigodos de Fritigerno se acobardaron á su vez, y en número de doscientos mil guerreros, sin contar las mujeres, niños y esclavos, solicitaron de los jefes romanos de la Mesia inferior su admision en el territorio romano.

Esta fué la gran noticia que en el verano del año 376 recibió el emperador Valente en Antioquia. Muy contento accedió al deseo de los visigodos, bajo condiciones ventajosas para el imperio y bien meditadas, aunque bastante duras para los solicitantes, los cuales se vieron obligados á entregar en clase de rehenes y en garantía de su obediencia un gran número de hombres jóvenes de sus mejores familias, que fueron internados en el Asia Menor. Para mayor seguridad se les mandó entregar las armas al pasar el Danubio por secciones, las cuales debían ser establecidas separadamente en diferentes puntos de la Mesia y de Tracia, formando colonias grandes, pero aisladas, para evitar confabulaciones. Tambien se les impuso la obligacion de ingresar en las filas del ejército romano como los demás súbditos del imperio en lugar de aprontar contingentes en globo, como los pueblos bárbaros aliados. Los godos, aterrorizados por la aproximacion de los hunos, aceptaron todas las condiciones que se les impusieron, inclusa la de vivir del producto de su trabajo cultivando las tierras que se les designarian, si bien hasta que produjeran lo suficiente se les prometió facilitarles cereales para su manutencion.

Todo esto estaba perfectamente calculado y dispuesto para evitar el peligro y hacer útil para el imperio la incorporacion de todo un pueblo bárbaro; pero Valente, no contando con la inmoralidad, negligencia y corrupcion de los funcionarios civiles y militares de la línea del Danubio, cometió la falta de no presentarse en el país y dirigirlo todo en persona. Esta falta llevó consigo calamidades sin número que irremediablemente condujeron paso á paso á la ruina y desaparicion del imperio occidental.

El primer mal fué que funcionarios civiles, oficiales y soldados se dejaron corromper y permitieron por medio de tratos inmorales que casi todos los bárbaros conservasen sus armas. El segundo mal fué que, una vez en territorio romano se les trató sin consideracion, aprovechando indignamente su miseria y estado de barbarie, de tal suerte que antes de terminar el año los godos estaban exasperados y dispuestos á todo. El general en jefe de Tracia Lupicino y su segundo Máximo, hombres codiciosos y como militares ineptos, dieron el mas triste ejemplo á sus subordinados. Primeramente entretuvieron largo tiempo á los inmigrantes á orillas del Danubio sin conducirlos á su respectivo destino, y despues

les hicieron pasar hambre, escaseándoles las remesas de cereales, que no siempre eran de buena calidad, á fin de que los godos, para satisfacer su necesidad, se deshiciesen poco á poco de cuanto poseían. En efecto, sus bienes, luego sus esclavos y por último hasta sus hijos sirvieron para satisfacer la codicia y la infame sensualidad de los romanos. El invierno aumentó los padecimientos de los godos de tal suerte, que empezando á impacientarse peligrosamente, Lupicino ordenó su traslacion al interior; pero lo dispuso tan mal, que dejó la frontera en muchos puntos desguarnecida, ocasion que aprovecharon los ostrogodos, conducidos por sus jefes Alateo y Safraco, para penetrar en la Mesia. Con estos jefes se puso en comunicacion Fritigerno para combinar un ataque contra los romanos, con los cuales el astuto visigodo estaba decidido á romper á la primera ocasion favorable.

La gran masa visigoda habia sido conducida en la primavera del año 377 desde el país de Durostorum (Silistria) á

Marcianópolis, donde estalló la mina. La petulante necedad de los romanos produjo allí un conflicto entre ellos y los hambrientos godos. Lupicino convidó á su mesa á los dos jefes visigodos Fritigerno y Alavivo, y estando medio borracho, dió orden de matar á los que componían la comitiva de sus dos convidados. Ambos consiguieron salvarse y salir al campo, donde llamaron á los suyos á la guerra de venganza. Los godos acudieron de todas partes y se reunieron alrededor de su jefe principal Fritigerno, el cual arrolló las fuerzas romanas á las puertas de la misma ciudad de Marcianópolis. Esta victoria aumentó el ardor guerrero de los godos, los cuales por la imprudencia de las autoridades de Adrianópolis recibieron el refuerzo de dos regimientos godos aguerridos desde largo tiempo en el servicio del imperio. Estas fuerzas, con sus jefes Suerido y Colias, habian recibido orden de pasar al Asia, pero quejas de las autoridades se pasaron á Fritigerno, el cual viendo que no podía rendir ciudades



Medalla de oro del emperador Graciano.

(Reproduccion en tamaño natural; el original se encuentra en el Real museo numismático de Berlin.)

La leyenda del anverso dice: D(ominus) N(oster) GRATIANVS P(ater) F(elix) AVG(ustus). En el reverso se ve el Genio de Roma sentado en un trono, con la leyenda: GLORIA ROMANORVM. Las letras de la parte inferior significan: TR(eviri), ciudad donde fué acuñada la medalla; O B representa el número 72 escrito al modo griego, y quiere decir que la medalla ha sido acuñada conforme al tipo legal de las monedas de oro, á saber, de 72 sólidos en libra romana de oro. La última letra (ε) es la cifra griega equivalente al número 5, y significa aquí la emision quinta.

fortificadas, como Marcianópolis y Adrianópolis, tomó la resolucion de saquear y asolar el país abierto. Toda la parte Nordeste de la península balcánica fué víctima de sus terribles depredaciones. De todos los pueblos acudieron á las banderas de Fritigerno, esclavos y prisioneros germánicos, grandes masas de proletarios de las ciudades y del campo, los perseguidos por la justicia, los deudores desesperados y los obreros forzados de las minas; y por el lado del Danubio se le unieron bandadas de alanos, hunos y yazigios, en cuyo territorio habia penetrado Atanarico con sus tribus visigodas paganas huyendo delante de los hunos. El país quedó completamente aniquilado, solo las ciudades principales pudieron resistir á los godos detrás de sus fuertes murallas; pero el movimiento insurreccional se fué extendiendo fatalmente entre los germanos que vivían al Oeste, y que se aprestaron á tomar parte en la devastacion.

Cuando Valente, contra el cual se dirigían sin razon las maldiciones de los pueblos infortunados, supo la desgracia provocada por sus representantes, concertó inmediatamente con Graciano, que estaba en Tréveris, los medios de atender á tan espantosa calamidad y de proceder enérgicamente hasta dominarla. Para asegurarse por el lado de la Persia envió al general Víctor á Ctesifonte para entablar negociaciones de paz con el rey Sapor, y destacó de la frontera de Armenia varias legiones á las órdenes de los generales Trajano y Profuturo, que se encaminaron á la Tracia. Graciano por su parte, detenido todavía por algun tiempo personalmente en la Galia, envió sin dilacion fuerzas al teatro de la guerra. El general

franco Frigerido marchó con tropas de Italia y de Panonia, y el caudillo Ricomero, de origen franco tambien, descendiente de una familia principal, y tan capaz y romanizado que era á la sazón jefe de la guardia imperial de Graciano, llevó consigo tropas de la Galia.

Fritigerno no aguardó la llegada de las fuerzas romanas que se dirigían desde Asia y desde la Panonia contra él; dejó con sus godos el Mediodía y tomó posicion en el Norte en la Dobrucha, en un punto llamado *Ad Salices*, junto al mar Negro y á las Bocas del Danubio. Allí formó un campamento, rodeado de todas las carretas de sus huestes á guisa de fortificacion, segun la usanza germánica. Los romanos, muy inferiores en número, le atacaron allí, bajo la direccion inteligente de Ricomero, en otoño del año 377. La batalla fué sangrientísima, pero no decisiva. Aunque los romanos experimentaron muchas pérdidas, tampoco los godos pudieron creerse vencedores. Ricomero retrocedió á Marcianópolis, y sin arriesgar batallas capitales, logró encerrar en las fragosidades de los Balcanes varias otras tribus godas. Cuando el hambre, el frio y la intemperie empezaron á cebarse en los godos, en ocasion de haber Ricomero pasado á la Galia en busca de refuerzos, Fritigerno, con el auxilio de nuevas bandadas de alanos y hunos, logró forzar el bloqueo romano, aprovechando un cambio de posiciones adoptado por el general Saturnino, enviado por Valente para reemplazar á Ricomero durante su ausencia. Con esto tuvieron que retirarse las tropas romanas á las plazas fuertes y á la costa del mar de Mármara, dejando toda la Tracia

hasta los muros de Constantinopla á la merced de los godos. Estos, en el invierno de 377 y 378, cometieron atrocidades mayores que antes; solo Frigerido, general al servicio del imperio, consiguió en todo este tiempo copar una partida compuesta principalmente de godos, que fueron en parte acuchillados y el resto hecho prisionero.

A principios del año 378 estaba Graciano á punto de conducir todo su ejército del Rhin al socorro de las infortunadas provincias del Bajo Danubio y de los Balcanes cuando estando ya en marcha, y parte de sus fuerzas en Panonia, volvieron á levantarse los alamanos, y á espaldas del ejército romano, en número de 40,000, penetraron á sangre y fuego por la Turgovia en la Galia, por el lado de la Alsacia.

El viejo y poderoso jefe de los alamanos había muerto en una guerra con las tribus francas. En estas circunstancias un almano que servía en el cuerpo de los escuderos imperiales de escudo de oro, obtuvo licencia temporal para ir á ver á su familia, de la tribu lentiense, establecida en la orilla septentrional del lago de Constanza. Por él se supieron los sucesos ocurridos en la península balcánica y la marcha de Graciano con su ejército al teatro de la guerra, y estas noticias bastaron para que varias partidas sueltas alamanas pasasen, desde el mes de febrero del año 378, por el Rhin helado á la Suiza para merodear en las comarcas vecinas. Estas partidas fueron arrolladas y dispersas; mas cuando se supo que Graciano con su ejército se hallaba ya á gran distancia, el jefe de los lentienses, Priario, con 40,000 alamanos, penetró en el país de Turgovia, de donde descendió por la cuenca del Rhin á la Alsacia, asolando el país. Al saberlo Graciano hizo retroceder á toda prisa las fuerzas que le habían precedido, y sin esperar su llegada volvió atrás con el resto del ejército que llevaba, á fin de reunirse con las fuerzas de los generales Nanieno y Malobando, que desde el interior de la Galia marchaban contra los invasores. Estos generales encontraron al enemigo, en el mes de mayo del citado año, cerca de Argenteria, no lejos de la actual ciudad de Colmar, en Alsacia; y contra la opinion de Nanieno, los romanos, contando con la aprobacion del valiente franco Malobando, se arrojaron sobre la huerte enemiga. En lo mas fuerte de la pelea llegó Graciano con su guardia imperial y cayó sobre los alamanos, segun parece por la espalda, con lo cual la victoria fué completa. Apenas 5,000 alamanos se libraron de la muerte ó la prision, huyendo seguidos por Graciano, que con numerosas fuerzas pasó el Rhin por el lado de Turgovia y los persiguió hasta dentro de las fragosidades de la Selva Negra. Los lentienses imploraron la paz y el joven emperador se la concedió bajo la condicion de aprontar un gran número de soldados para su ejército. Entonces, con sus tropas entusiasmadas, se dirigió á marchas forzadas por Arbon (Arbor Félix) y Lorch (Lauriacum) á Panonia, y llegado que hubo á Sirmio marchó sin demora al socorro de su tío Valente; pero segun veremos luego, llegó tarde para impedir la catástrofe mas terrible que podía caer sobre el imperio. La lucha contra los alamanos había hecho perder un tiempo precioso.

El emperador Valente, despues de haber logrado restablecer la paz con el rey de Persia bajo condiciones bastante aceptables, partió con sus fuerzas, seguido de las maldiciones de los homusianos, para su capital Constantinopla, á donde llegó el 30 de mayo de 378. Halló la poblacion exasperada porque los godos estaban asolando la campiña de la misma capital, si bien la caballería sarracena asiática, enviada delante por el emperador, les había hecho ya retroceder horrorizados de las fechorías de los feroces hijos del desierto. De ellos, en efecto, cuentan los autores maravillas de equitacion, pero tambien de salvajismo, como el acto de aquel sarraceno que retó á un godo á combate singular y habién-

dole hundido el puñal en la garganta se bebió su sangre, hecho que citan otros autores como sucedido tambien despues de la batalla de Adrianópolis y en otras ocasiones. No obstante el pueblo, irritado contra el emperador por su preferencia á favor de los arrianos, le atribuyó la culpa de todas las desgracias é hizo manifestaciones públicas que no le pudieron dejar duda de su desprestigio. En cambio, poco antes la poblacion de Antioquia había celebrado entusiasta y ruidosamente las victorias de su sobrino Graciano, que era homusiano, lo cual aumentó en mal hora los celos del emperador, que produjeron la próxima catástrofe. El 11 de junio salió Valente de la capital con numerosas fuerzas en direccion de Adrianópolis. Su valor y el de su ejército subió de punto cuando se supo que el general Sebastian con dos mil hombres había derrotado en una serie de encuentros á los godos á orillas del Mariza. El emperador, animoso y contento, y confiado en dominar á los godos sin el auxilio de su sobrino, estableció su cuartel general en Adrianópolis. Graciano entre tanto había llegado á Castra Martis, á orillas del Isker, en la Mesia Superior, á cosa de cincuenta leguas de la posicion de Valente; y á haberlo querido Valente, ambos ejércitos habrían podido efectuar su union en el espacio de dos semanas. Para concertarse respecto de las operaciones envió Graciano al general Ricomero al cuartel general de su tío. Valente convocó un consejo de generales, en el cual Ricomero y el general Víctor apoyaron vivamente la proposicion de Graciano, que pedía se esperase su llegada para dar entonces un golpe decisivo. Por desgracia no opinaron así el emperador ni su general Sebastian y á ellos siguió la mayoría del consejo, la cual por el contrario designó el dia siguiente, 9 de agosto, para el ataque á la huerte, á la sazón no muy numerosa, de Fritigerno. A la mañana siguiente se perdió mucho tiempo en preparativos y despues el ejército tuvo que hacer una marcha de cuatro horas para llegar al mediodía á la vista de los godos, rendido de calor, de hambre, de sed y de polvo, porque era uno de los dias mas calurosos de aquel año. Los godos no impidieron que los romanos se formasen en batalla, y aun para ganar tiempo hasta la llegada de las fuerzas alanas y ostrogodas que debían llevar Alateo y Safraco, el astuto Fritigerno entró en negociaciones con Valente, el cual se dejó engañar, mientras las tropas continuaban formadas, agobiadas por el calor sofocante, aumentado todavia por los godos, que incendiaron los prados y matorrales de la llanura. Al fin las tropas ligeras de Valente impacientadas empezaron sin orden de sus jefes á escaramucear, pero fueron rechazadas. En este momento llegaron los ostrogodos y alanos y se arrojaron con terrible ímpetu sobre las fuerzas de vanguardia imperiales, arrollándolo todo hasta llegar á la verdadera línea de batalla. Esta resistió durante mucho tiempo, y aun el ala izquierda consiguió avanzar hasta el campamento de Fritigerno, rodeado de las carretas de los godos. Entonces el éxito de la batalla pendía de un hilo. Por desgracia sucedió á Valente y á su ejército lo que había sucedido en la batalla de Cannas á Varron y Emilio Paulo: la caballería bárbara repitió su ataque y sembró la confusion hasta entre las legiones, que retrocedieron sin direccion superior; los romanos y las tropas romanizadas pelearon como leones hasta la noche, pero todo fué inútil: dos terceras partes cayeron bajo las flechas, dardos, mazas y dagas de los godos, y entre los muertos se hallaron los generales Sebastian, Trajano, Equitio y el mismo emperador, bien que difieren las noticias respecto del género de muerte de Valente, diciendo unos que murió de un flechazo, y otros que pereció en la huida en una choza incendiada por los godos su perseguidores. Solo los generales Víctor, Saturnino y Ricomero pudieron escapar en la

oscuridad con algunas tropas desbandadas y refugiarse en Adrianópolis, menos el general Víctor, que se dirigió con una seccion de jinetes á la Macedonia para llegar por medio de este rodeo á la Mesia.

El efecto moral que causó este desastre en todo el imperio, especialmente en la parte oriental, fué tristísimo, y lo peor fué que los diferentes partidos se echaron unos á otros la culpa de la catástrofe. Los paganos decían que era el castigo de los dioses antiguos, porque los emperadores habían renegado de su culto y admitido á su servicio cada vez mayor número de cristianos; los homusianos atribuían la culpa á la herejía arriana, y esta sucumbió efectivamente con la muerte de su protector.

Entre tanto volvió á caer en poder de los godos la mayor parte de la península balcánica, exceptuando las plazas fuertes, que rechazaron todos los ataques. Desde entonces cobró el mundo romano un odio inextinguible á los pueblos germánicos. El odio principal se dirigió por lo pronto contra los godos, cuyos rehenes internados en Asia fueron degollados, víctimas del furor popular. Muchos de los sucesos posteriores se explican por el odio que desde entonces los romanos profesaron á los germanos.

Esta vez tenia preparado el destino un gran capitán que salvó por algun tiempo el imperio.

CAPITULO III

TEODOSIO I Y LA DIVISION DEFINITIVA DEL IMPERIO

El emperador Graciano, que recibió por Víctor la noticia de la desgracia de Adrianópolis, se vió de golpe dueño de todo el imperio; pero no le fué permitido disfrutar del nuevo poderío. Todo el mundo estaba tan aterrorizado, que no había que pensar en vengar la muerte de Valente, ¿ni cómo pensar en tal empresa si el mismo Occidente se veía amenazado? Junto al Rhin volvían á moverse los francos y alamanos; en la península balcánica el general Mauro, encargado desde la llegada de Graciano á Sirmio de la defensa de los importantes desfiladeros de Succí en lugar del valiente Frigerido, se mostró incapaz de rechazar á los godos, y numerosas bandas de estos recorrían ya la Mesia Superior, la Dalmacia y la Panonia. En este último país se unieron con otras tribus sármatas y cuadas que todo lo saqueaban, y tantas eran que hasta recorrían los alrededores de Sirmio, la fortaleza principal del país, á donde se había replegado otra vez Graciano. No hubo mas remedio que echar mano de los varones idóneos para confiarles puestos difíciles, uno de los cuales era el bizarro hijo de Teodosio, tan incicuamente asesinado. Este fué llamado y encargado del mando en jefe de las fuerzas de Panonia y de la Mesia Superior. Además el emperador anuló desde Sirmio las disposiciones tomadas contra los homusianos y restituyó sus empleos á todos los sacerdotes de esta iglesia que habían sido despedidos por Valente, sin molestar todavia á los arrianos ni su culto en las provincias orientales, si bien el pueblo de Alejandría había ya expulsado de la ciudad al obispo arriano Lucio.

Cuanto mas empeoraba la situacion política mas afan desplegaba Graciano en buscar para el Oriente un co-emperador que á las dotes de excelente general, gobernador y administrador reuniese las condiciones religiosas necesarias para gobernar en su sentido y á su gusto. En esto estaba pensando cuando llegó á Sirmio, á principios del año 379, Teodosio, para dar personalmente al joven emperador la noticia de una victoria capital que con su pericia, valor y arte de tratar y entusiasmar á la tropa había alcanzado sobre los sármatas arrojándolos al otro lado del Danubio. Graciano vió en Teo-

dosio el hombre que buscaba, tanto mas cuanto que era tambien como él homusiano; y noble como era, confió en la nobleza del general que tan terrible motivo de odio contra el gobierno tenia. No se engañó, y el 19 de enero de 379 pudo proclamar en Sirmio á Teodosio co-emperador suyo, con derechos enteramente iguales. Dividió el imperio con él y le cedió por razones militares, además de las provincias de Oriente, la mitad meridional de la de Iliria, á saber, la Macedonia y las provincias griegas, con una parte del ejército de Occidente y con Ricomero y otros altos jefes. Hecho esto regresó Graciano á mediados del año 379 á Italia.

Teodosio empuñó el gobierno con una energia titánica y una destreza admirable, conforme lo requería su difícilísima mision de crear un nuevo ejército y llevar adelante la guerra contra los godos. Sin llegar á la altura de su padre, reunía el nuevo emperador de Oriente un gran número de excelentes dotes, y como su padre y Graciano imponía tambien por su físico y su porte majestuoso unidos á un trato afable y á una conducta ejemplar como particular, esposo y padre. Como los emperadores ilirios velaba rigidamente por la moralidad de los demás, y solo adversarios irreconciliables pudieron escribir posteriormente que el joven emperador era demasiado afecto á los placeres de la mesa. En cambio no podían manifestarse sus aficiones científicas hasta despues de haber pasado los trabajos mas urgentes y mas rudos que requería la situacion angustiosa del imperio. Por el momento llamaron la atencion su asombrosa actividad y su perseverante laboriosidad, que no menguaron al parecer sino al cabo de bastante tiempo; y lo que desde luego se admiró en él fueron su pericia y talento organizador militar, su habilidad para formar guerreros y hacerlos alcanzar victorias, su destreza diplomática, que jamás erraba el golpe, y su tacto para tratar á sus soldados germánicos hasta obtener de ellos una verdadera adhesion. Su talento administrativo era no menos grande y notable que su acierto en la eleccion de personas, lo cual no impidió que alguna vez se engañase, y á todo esto agregó una bondad de corazon suma que en nada cedía á la de Graciano. Con el tiempo, sin embargo, se manifestaron y exacerbaron tambien sus defectos; no supo resistir siempre al influjo que el poder absoluto suele ejercer sobre los que lo poseen, como lo prueba la censurable política religiosa que siguió; y no solamente sintieron las explosiones de la iracundia de aquel hombre, por lo comun tan humanitario, los enemigos exteriores del imperio, sino tambien otras personas. Aquellas explosiones excedían aun á las del terrible Valentiniano I; pero en cambio tenia Teodosio bastante nobleza innata para arrepentirse y enmendar, en cuanto era posible, el mal que había hecho.

Investido del poder imperial en la parte oriental del imperio, tomó por base de todas sus operaciones contra los godos la importantísima plaza de Salónica; y en seguida ocupóse en disponer lo mas apremiante entonces, que era la creacion de un nuevo ejército, disciplinado, que confiado en su propia fuerza y en la direccion de su jefe, pudiese ser conducido á todas partes con seguridad de buen éxito. Esto requería tiempo y entretanto era preciso atenderse á la defensiva y no arriesgar nada. Estos preparativos, y la completa pacificacion de la península balcánica, que Teodosio efectivamente logró, exigieron, segun ahora veremos, mas de tres años de tiempo.

Empezó Teodosio por reunir los restos del ejército destruido cerca de Adrianópolis; llamó las legiones disponibles de provincias distantes, enganchó grandes masas de godos y otros germanos, y poco á poco pudo añadir á las legiones occidentales que Graciano le había dejado, fuerzas respetables, no sin interrupciones, á causa de tener que rechazar á